

# MEA CULPA \*

---

Drama en un acto

por

CARLOS SOLORZANO

## PERSONAJES

EL HOMBRE

EL CONFESOR

DOS NOVICIOS

*El interior de una iglesia. Ambito sombrío, violáceo, casi negro. En el centro una columna blanca, que al elevarse en la sombra se desvanece en ella. Al pie de la columna un confesonario muy barroco y muy dorado, con la cortinilla, violeta, corrida. Sobre el confesonario cae un rayo de luz intensa que lo hace resplandecer, casi suspendido en lo negro.*

*Al correrse el telón se oye una música religiosa. La escena está vacía. Pocos segundos después entra un hombre, camina a paso lento. Es casi viejo. Tiene aspecto de gran dignidad. Va vestido de gris, con el sombrero en la mano.*

*El hombre se acerca al confesonario. Ve a lo alto.*

**HOMBRE:** *(Con angustia.)* ¡Qué alta es esta iglesia! ¡Qué silencio! ¿Hallaré aquí la respuesta que busco? *(Pausa. Camina, se acerca más al confesonario. Se hinca cerca de él. Habla con voz contenida.)* ¡Padre! *(Pausa.)* Padre, hace muchos años que no vengo a la iglesia y no sé cómo empezar. *(Vacila.)* Acaso no sepa hablar el tono que se debe emplear cuando uno se confiesa. Pero hoy me sentí humilde... No estoy habituado a la humildad. Mi profesión me ha vedado esa costumbre. Dicen que es una profesión noble. Yo sólo sé que me ha hecho siempre sentirme muy solo, solo entre todos, aislado, como si estu-

\*Del libro *Teatro Breve*, que aparecerá en la Colección *Ficción* de la Universidad Veracruzana.

viera yo también dentro de un confesonario, como éste en el que usted oye mis palabras sin poder ver mi verdadero rostro. *(Pausa.)* Querrá usted saber por qué me siento tan humilde... pues bien: Desde hace un año me siento perdido, no logro hallar el camino... Hoy, por ejemplo, salí de mi casa como siempre para ir a desempeñar mis funciones... pensaba regresar a la hora de la comida... y ya ve usted... es casi de noche... y aún estoy fuera... mi mujer debe de estar enloquecida... ¡La pobre! Quiere acompañarme a todas partes... sobre todo desde hace un año... ¡Cómo sufre! Cómo sufrirá todavía. *(Dentro del confesonario se oye una tos leve, seca, una tos de impaciencia.)*

Pero bueno, yo he venido a contarle a usted mis sufrimientos. Necesito olvidar a mi mujer... Desde que me dieron la noticia... casi no la reconozco... es decir, no me importa... no me importa nada... Ah, padre... olvidaba decirle que desde hace un año he venido sintiendo, al salir de mi casa por las mañanas, un vacío aquí, en el centro de mi cuerpo, no es como antes que ese vacío se llamaba ansiedad, deseo de trabajar, de cumplir con mi deber... no... Es un vacío cada vez mayor, como si mi cuerpo fuera el eco de algo lejano, casi inmaterial... Desde que me dieron la noticia... sentí que mi cuerpo se aflojaba como si de pronto los hilos que lo sostienen erguido se rompieran todos al mismo tiempo.

Padre. *(Lentamente.)* Hace un año me dijeron que estoy herido de muerte... me dieron un plazo, un plazo que se debe cumplir por estos días... Por eso estoy aquí... *(Silencio.)* Ya sé que va a decirme que he esperado hasta el último momento. Así es en efecto... siento que se aproxima, algo me oprime aquí sobre el pecho... Sálveme usted padre... sálveme... *(Golpea en el confesonario con ansiedad. Dentro sólo se oye una tos, pero esta vez fuerte y angustiada.)* Perdome, ya sé que no debo golpear el confesonario. *(Para sí.)* Todo esto está lleno de polvo. El mundo entero está polvoriento... por eso nos asfixiamos en él... *(De pronto se recobra.)* Pues bien... he venido porque sé que voy a morir y porque desde que lo sé... me siento culpable... ¿De qué? Padre, es una larga historia... me siento culpable de todo, de mi nacimiento, de mi niñez, de mi juventud, de mi sexo, de mi ambición, de mi deseo, de lo que hice y de lo que dejé de hacer. *(Se oye una risita irónica y cascada. El hombre se sentirá un poco desconcertado.)* ¿Se ríe usted?... ¡qué extraño confesor! Creí que un confesor no de-

bería reírse nunca... Pero bueno... acaso tenga usted razón... porque un hombre que va a morir y de pronto siente que unas palabras de otro hombre pueden consolarlo, merece la risa. Eso es... *(Se yergue.)* Será mejor que me vaya... *(Se pone en pie, pero su rostro cambia de expresión. Se vuelve a hincar.)* No... Al menos hoy quiero decir la verdad... y usted tiene la obligación de oírme... No puede salir de ese confesonario. Bueno, es que estoy tan turbado... He olvidado decirle lo más importante: mi profesión es semejante a la suya, si... yo era un juez, padre... ahora puedo hablar de mí con la voz de mi propia conciencia. Yo era el juez más honorable, el más estricto, el más inflexible y por lo tanto el más respetado de toda la ciudad. Yo era el gran juez, el que dictaminaba si los hombres eran buenos o malos, nobles o malvados. Supe condenar y absolver. El bien y el mal fueron para mí siempre como el negro y el blanco. *(De pronto, con súbito acento de angustia.)* Pero desde hace un año, padre, todo eso me parece confuso... Sé que voy a morir pronto y ahora todo es gris, todo es vago... *(Con angustia.)* Padre, no sé si en una ocasión fui injusto. Esa es mi obsesión... eso es lo que quiero confesar... Estoy seguro de mí mismo en todos mis fallos, menos en uno, uno solo. *(La risa dentro del confesonario se oye más fuerte.)* Aunque usted se ría estoy dispuesto a decírselo todo... Tal vez tenga usted razón y lo que a mí me parece tan importante no sea sino una niñería. Sí... por primera vez lo digo en voz alta. No estoy seguro de haberme equivocado... Tengo la duda de haber sido injusto. Muy pocos se confiesan eso, sobre todo entre los jueces. La consigna es no hacerse preguntas a sí mismos. Están muy seguros, pero yo no... y quisiera creer... *(Otra vez atormentado.)* Ah... sería tan fácil si pudiera olvidar... morir quietamente... pero no... un recuerdo me atormenta, el recuerdo de ese acusado al que condené porque me pareció un caso peligroso de aislamiento, de soberbia, un ser que no vivía de acuerdo con la sociedad. Después he pensado que él mismo quería que lo condenara y yo, ingenuamente, me dejé atrapar en el lazo y lo condené, condenándome a mí mismo. Lo ajusticiaron... y yo lo olvidé. Pero desde hace un año, cuando me dijeron que voy a morir, no sé por qué extraña asociación su recuerdo ha vuelto a mi mente para atormentarme y en realidad no sé por qué: El era un desarrapado, casi un mendigo... Tenía entonces 33 años y lo seguía un grupo de 12 hombres miserables que le llamaban El Maestro... Me parece que estoy

viendo sus ojos como si viviera de nuevo el momento en que le condené... Sus ojos profundos clavados en mí con expresión extraviada y un poco cruel... Cuando dicté la sentencia que lo hizo morir, él me dijo con un aire aparentemente tranquilo pero que encerraba un furioso deseo de venganza: "Tú eres más culpable que yo. Busca y encontrarás". ¿Sabe? Padre... Todo esto es un poco absurdo... Hablo, además, desordenadamente, pero siento que al confesarme voy poniendo en orden mis ideas... Compréndame, yo era entonces el juez de un pueblo pequeño y miserable. Era joven y quería labrarme un porvenir. Un día en que veía feliz el cielo de un azul tan intenso como mi juventud, vinieron a decirme que ese mendigo venía predicando, que se decía el elegido y que incitaba a los hombres a que desconocieran la justicia ordinaria, que se unieran y buscaran por sí mismos la salvación. De pronto tuve miedo. Desde que me lo dijeron comencé a temblar como si presintiera que la presencia de ese hombre en mi vida iba a traerme tantas angustias. El no decía qué clase de salvación debían buscar, pero era evidente que se trataba de una revuelta en la que él, con aire de mansedumbre, trataba de ser, sin embargo, muy notorio. Tuve miedo, además, porque debo confesar que siempre me ha causado espanto ver a más de diez hombres reunidos protestando contra algo que la ley impone. Hice que le trajeran ante mí precipitadamente. Su aspecto era el de un demente, altanero, y, si no me equivoco, un poco cruel. Bueno, hoy al menos, después de tantos años, me parece que era así. Tal vez es sólo una turbación de mi memoria... Era en realidad un pordiosero, un pobre hombre que lanzaba al aire palabras inconexas, pero hablaba de castigo, de redención; de suerte que los que lo oían se sentían como si fueran algo así como... unos condenados sin culpa.

Cuando le interrogué me contestó en un lenguaje confuso. Era evidente que quería burlarse de mí. Y como los habitantes de aquel pequeño pueblo lo seguían desconcertados tuve que decidir. En realidad no lo querían, pues sus palabras los entristecían y así, entre una revuelta ocasionada por la desesperación o la muerte de un solo hombre, opté por lo segundo... Pero no vacilé mucho... En un cierto momento tuve la visión clara: Mi única misión era salvar a la sociedad, pues en aquel agitador veía yo un tirano que trataba de apoderarse de todas las voluntades. Lo sentenció y lo ajusticiaron. Su muerte causó una especie de alivio entre los que lo seguían... No volví a

pensar en el asunto, pero después de algún tiempo, de manera inexplicable, los hombres de aquel pueblo se entristecieron, yo no sabía si era porque el mendigo había muerto o porque ellos, después de haberle oído, se sentían irremediablemente desgraciados. En todo caso lo mejor era irse de ese pueblo y así lo hice. Los años pasaron y llegué a ser un hombre importante. No fue sino hasta hace un año cuando su imagen volvió a mi memoria con sus palabras: "Busca y encontrarás". He buscado, durante este tiempo he vuelto a revivir dentro de mí todos los hechos preguntándome si cometí una injusticia, lo cual significaría el fracaso total de mi vida como juez, pero a veces me respondo que yo no le condené en ningún arrebató, que él con su lenguaje equívoco me enredó y me hizo que le condenara, porque un mendigo que habla de ser el elegido, ¿no está pidiendo casi a gritos que lo maten? A veces creo que él mismo me impuso su muerte, que el que sentenció fue él y no yo y entonces me asalta esa duda... y ahora que voy a morir todo deja de tener sentido. ¿Soy culpable, padre? Dígame, ¿soy culpable? (*Silencio.*) (*El hombre desesperado sigue hablando con vehemencia.*) Nunca he sido feliz, pero siempre tuve en mi conciencia muy clara la diferencia entre lo bueno y lo malo. Si aquella vez padecí una turbación, ¿no fue acaso por los defectos de mi mismo cerebro?, ¿de mi triste condición de hombre?, y si fue así, ¿qué debo hacer para remediar esa culpa? Porque supongo que debe haber una manera... Padre, dígame, ¿qué debo hacer?

*En el interior del confesonario se agita el confesor, la cortinilla se mueve, de pronto responde.*

VOZ DEL CONFESOR: No lo sé.

HOMBRE: ¿Cómo? ¿No lo sabe usted? ¿He de morir con esta angustia? ¿Es justo esto?

VOZ DEL CONFESOR: No lo sé.

HOMBRE: Pero entonces, ¿quién puede saberlo?... Al menos dígame algo. No me cierre toda esperanza... quisiera ver sus ojos y poder sondear en ellos, pues en usted confío...

(*Risa del confesor.*) Padre, déjeme usted que le vea la cara... ¡Por favor! Porque ahora siento como si le hablara al vacío, como si mis palabras se perdieran en un aire denso y lejano... Deje usted que le vea la cara.

*Hay un leve silencio. De pronto se corre violentamente la cortinilla del confesonario. El confesor se pone en pie. Es viejo y tiene un aspecto extraño, los cabellos blancos en desorden, las manos crispadas. Está en pie con los ojos delirantes viendo al vacío. Lleva un hábito de obispo, sucio, ajado, un poco roto.*

CONFESOR: *(Con aire ausente.)* No puedo oírte más.

HOMBRE: *(Desesperado.)* ¿No va a darme la absolución?

CONFESOR: ¡No puedo!

HOMBRE: ¿Tan culpable le parezco?

CONFESOR: No es eso... es que... yo no podría... no tengo derecho...

HOMBRE: ¿Por qué?

CONFESOR: *(Lentamente.)* Porque soy más culpable que tú.

HOMBRE: ¿Cómo?

CONFESOR: Sí... Yo sé que vas a pensar que estoy loco... Todos me llaman el obispo loco... pero no... yo veo claro... *(De pronto lo ve con simpatía y le tiende las manos.)* Levántate. No tienes por qué estar arrodillado.

HOMBRE: *(Arrodillado.)* Es que quiero decirle... que si usted me absuelve tal vez desaparezca el mal que sufro... Tengo esa esperanza. Déme la absolución.

CONFESOR: Levántate. Eres tú quien debe perdonarme a mí.

HOMBRE: ¿Qué quiere decir?

CONFESOR: Que eres tú quien debe oír mi confesión.

HOMBRE: *(Atónito.)* Pero, ¿cómo sería posible?

CONFESOR: *(Imperativo.)* Siéntate en ese confesonario. Yo me arrodillaré.

HOMBRE: Pero... ¿para qué?

CONFESOR: *(Con un gesto a la vez imperativo y delirante.)* Siéntate... Verás. Siéntate.

HOMBRE: *(Cohibido.)* No puedo... No debo.

*El confesor lo toma con fuerza de los dos brazos y venciendo la resistencia del hombre, que no se atreve a forcejear decididamente, lo obliga a sentarse. El hombre está sentado, atónito, sin poderse mover, pues el confesor, arrodillado, lo sujeta con fuerza de las dos manos impidiéndole moverse.*

HOMBRE: (*Con angustia.*) Por favor, padre.

CONFESOR: (*Enérgico.*) Ahora vas a oírme. Los confesores de mi parroquia no quieren hacerlo, pero tú me comprenderás. Porque es a ti a quien debo confesarme para ser absuelto. (*El hombre, incómodo, logra zafar sus manos de las del confesor, pero reconoce que no puede huir y tiene que permanecer sentado.*) Yo estoy en una situación peor que la tuya, porque, ¿sabes?, soy viejo, muy viejo... He vivido siglos... ¿sonríes? Pues es la verdad... Esta vida es una carga para mí... Pero no puedo morir... Tengo que seguir viviendo aún años y años, sabiendo que no podré alcanzar nunca el perdón. Cuando les digo esto a los sacerdotes me dicen (*imita un tono solemne y vacío*): "Son turbaciones de su mente, señor obispo". Pero tú debes creerme, he vivido más de veinte siglos y soy más culpable que tú, porque a mí no me ha correspondido juzgar a un solo hombre. No, a mí me dieron la custodia de una familia, una numerosa familia, compuesta por hombres, mujeres, niños... y, ¿sabes lo que hice con ellos? (*lentamente.*) Los maté. (*El hombre se revuelve asombrado en el confesonario, y trata de ponerse en pie, pero el confesor lo detiene con un gesto enérgico.*) Espera. ¿Querrás saber cómo los maté? Pues bien, lo hice poco a poco, sí, hora tras hora... Cada minuto que pasaba los mataba un poco.

HOMBRE: (*Revolviéndose.*) Pero eso no puede ser cierto. Usted me engaña.

CONFESOR: Es monstruoso, ¿verdad? Nadie lo creería, con este aspecto mío tan inofensivo. Pero es cierto. (*De pronto se pone rígido.*) Lo más terrible es que no me arrepentí de haberlo hecho sino hasta un día en que todo me pareció muy claro y los otros me llamaron loco. (*Se tuerce las manos con frenesí.*) Ah, si tú pudieras saber... qué de remordimientos. A veces los veo en sueños... me persiguen con su mirada, a veces es la de un niño, otras la mirada húmeda de una mujer y otras veces es la mirada firme y acusadora de un hombre... que me dice... "tú me envenenaste, cuando me diste la hostia"...

HOMBRE: Usted desvaría. No dejaré que me envuelva en su delirio. Ya tengo bastante con mis tormentos. Debo irme.

CONFESOR: (*Implorante.*) Por favor. No me dejes solo. No estoy loco... (*Habla con tal sinceridad y vehemencia que el hombre se ve obligado a seguir escuchando.*) Desde muy joven me entregaron mis padres a la Iglesia. Tú sabes que ingresar a la Iglesia es tomar de inmediato la custodia de alguien. Pues bien,

a mí me entregaron una familia alegre, sin aprensiones, deseosa de ser libre, de conquistar una vida mejor, y yo, poco a poco, les fui infiltrando aquel veneno. Porque les maté con un veneno. ¿Sabes cómo es?

HOMBRE: No.

CONFESOR: *(Con gesto demente.)* Es sencillo, va matando lentamente. *(Quedo.)* Casi siempre mientras duermen las víctimas... ¿Sabes cómo se llama ese veneno?

HOMBRE: *(Con angustia.)* No...

CONFESOR: Pues es también sencillo; tú conoces la palabra. Se llama miedo.

HOMBRE: ¿Miedo?

CONFESOR: Sí... Me consideraba un envenenador muy hábil. Daba la comunión a toda aquella familia todos los días, y hasta recibí un premio por la vehemencia que ponía en mis sermones para convencerles de que debían dejarse envenenar. *(Ríe grotesco.)*

HOMBRE: Usted quiere burlarse de mí. Todas esas son ideas tuyas.

CONFESOR: Hablas como mi confesor, pero no, es verdad. Te juro que no te he dicho más que la verdad. Durante siglos y siglos no supe que hacer aquello era ser un envenenador. Lo sentí en el momento en que me prohibieron que ejerciera mis funciones, pues decían que me había vuelto loco... Muchas veces les di yo mismo la bendición, a aquellos muertos. Hasta después supe que los había matado yo. *(Ve al hombre.)* Algunos se parecían a ti, hacían preguntas, las mujeres se abandonaban y con toda confianza ponían en mi mano a sus hijos pequeños, para que yo los envenenara, como si fuera su regalo... me buscaban todos los días, me pedían la felicidad y querían que yo hiciera algo para que ellos fueran menos miserables... les atraía el brillo de mi traje de obispo y cuando yo los sentenciaba en latín, ellos escuchaban arrobados. Porque la sentencia la dicté siempre en latín, sí... un idioma muerto, muerto como todo esto. *(Tira con desesperación de sus vestidos, causándose nuevas rasgaduras.)* Sólo tú puedes castigarme. Me azotarás con un cilicio y cuando mi cuerpo haya sangrado sentiré que es algo mío que doy a cambio de toda la sangre que dieron ellos por mí... ¿Sabes? *(Habla cada vez más excitado.)* Varias veces, por defenderme, peleaban contra mis enemigos, combatían valientemente y yo les di como premio cuando volvieron... *(ríe con gesto equívoco)* el veneno. Sí... y después la desesperación y la muerte... Venían orgullosos, yo los volvía hu-



mildes; venían ambiciosos, yo los volvía resignados; querían ser felices, yo les daba la desdicha. *(Toma con frenesí las manos del hombre y se las besa.)* Perdóname, hermano, hermano... Tengo el corazón viejo como un sepulcro y pesado como una piedra. Perdóname... pero después de haberme perdonado, huye de aquí... Aquí sólo hallarás el veneno. ¿Dices que una mujer te espera? Pues bien, vete con ella, goza mientras puedas del amor, del mar, de la caricia del agua... huye del veneno... *(Lo ve con serenidad.)* Pero si quieres hallarlo lo encontrarás. Para cada hombre que cree hay un envenenador... No dejes que te hagan creerte culpable... si ese mendigo cuyo recuerdo te atormenta desafiaba a la muerte, fue él quien se condenó a sí mismo. No te sientas culpable de nada. Te lo digo yo, que tengo tantas culpas, a mí me pesan en la conciencia todas las piedras de esta iglesia. Tengo un corazón de piedra gigantesco. Aléjate de mí, pero dime antes que me perdonas. A cuantos vienen a confesarse conmigo yo les confieso mis pecados, ayer me absolvió una mujerzuela que se creía poseída por el mal, antier un ladrón, hoy debes absolverme tú que eres un hombre honrado. Te pido perdón, hermano, por haber matado a tantos semejantes tuyos, por haberlos aniquilado en la desesperanza, por no haber sabido darles la felicidad, por haberles condenado a la desesperación, y perdóname también por saber menos que tú, pues tú sabes que dudas y yo debo hacer como que creo. Te pido perdón. *(Ha caído de bruces frente al hombre que lo ve sin poder moverse, en un estremecimiento convulsivo.)* Te pido perdón, perdón, perdón.

*Música religiosa disonante.*

*Entran precipitadamente dos jóvenes novicios que sujetan fuertemente al confesor. Este, casi a rastras, sale gritando las últimas palabras, llevado por los dos jóvenes, mientras el Hombre se sienta lentamente dentro del confesonario y corre la cortina violeta hasta quedar encerrado e invisible dentro de él.*

TELON